

Que del árabe enciende
 El triste corazón en fuego vivo.
 Mirala; y, renunciando en el instante
 A su intención maligna
 Que el bello sexo á maldecir le inlujo,
 De amor sincero digna
 Juzga á Isabel; y, esclavo
 De su hermosura, piensa que este afecto
 Hará en su alma el efecto
 Que un clavo con el cual se arranca un clavo.

Acércasele pues; y con el gesto
 Mas dulce, con el tono mas modesto
 De que es capaz, su nombre le pregunta.
 Ella quien es le dice, y su proyecto
 De abandonar el mundo le confía
 Por entregarse á Dios. Con risa impía
 El incrédulo alárabe interrumpe:
 « Necio absurdo, á fe mía,
 « Es aquese designio, que comparo
 « Al ardor importuno
 « Con que entierra el avaro
 « Caudales que, sin darle fruto alguno,
 « Hace que no aprovechen á ninguno.
 « Escóndanse el leon y la serpiente,
 « No la belleza cándida é inocente. »

A este discurso seductor, el viejo,
 Cautó, opone razones y consejo
 Con que á la bella jóven fortifica.
 Y de sustento espiritual le pone
 Ante los ojos bella mesa y rica.
 En ella el musulman manjar no halla
 Que de su gusto sea,
 Y al viejo en vano interrumpir desea.
 Este, empero, no calla;
 Y aquel en fin, perdiendo la paciencia,
 Por el cuello lo empuña con violencia.
 Mas, mirándome agora en este espejo,
 Fin yo pongo á mi canto, que no ignoro
 Lo que por no callar avino al viejo.

CANTO XXIX.

Muerte sublime de Isabel. — Elogio de esta princesa. — Rodomonte, con el objeto de perpetuar la memoria de aquel suceso, manda construir un mausoleo, y un puente, encima del cual se coloca armado para impedir su paso á cuantos lleguen. — Llega Orlando, y luchando con el rey, le precipita en el rio. — Locuras de Orlando. — Topa este con Angélica y Medoro.

¡ Cuán inconstante; oh Dios! la humana mente
 De un designio á otro pasa,
 Especialmente cuando amor la abrasa!
 Yo ví, no ha mucho, al musulman altivo
 De las damas hablar de tal manera,
 Que cómo no concibo
 Tan pronto su furor disminuyera.

Contra el que así te injuria sin motivo,
 Oh bello sexo, estoy tan irritado,
 Que, si su error no le hago ver primero,
 Perdonarle su audacia jamas quiero.
 Con mi pluma, de bueno ó de mal grado,
 Yo lo demostraré que ha desbarrado,
 Y, ántes que hablar de tu virtud en mengua,
 Callárase ó mordiérase la lengua.
 Que habló como ignorante ó como necio
 Claro, oh damas, lo muestra la experiencia,
 Pues, no haciendo entre tantas diferencia,
 Habló de todas con igual desprecio.

La vista, empero, de Isabel bien presto
 Le hace cambiar de parecer. Apénas
 La ve, quien es ignora,
 Y llama abrasadora
 Corre ya circulando por sus venas.
 Inflamado por ella, de la ingrata
 Pronto se olvida; y, bien que no con fruto,
 De disuadir de su designio trata

A la bella á quien ve sumida en luto.
Mas el viejo ermitaño,
De estos discursos conociendo el daño,
La anima, la conforta
Y á no escuchar al musulmar la exhorta.

Largo tiempo el pagano
Al monje que se calle intima en vano,
Y, agotada á la postre su paciencia,
Por las barbas le asió con tal violencia,
Que se quedó con ellas en la mano.
Esto aumenta su furia; por el cuello
Aférralo veloz con furia ignota;
Y, despues de volvello y revolvello,
Hácia la mar lo lanza cual pelota.

Del anciano infelice
Cual el fin fué la historia no nos dice.
Unos dicen que rota
Quedó contra un peñasco su cabeza;
Otros pretenden que, de allí á tres millas,
Cayó en la mar y pereció en sus olas;
Otros dicen que salvo á sus orillas,
Con invisible mano,
Vino un santo á sacarle. De este arcano,
Que saber no me importa, no es extraño
Si la verdad ignoro.

Saber tan solo impórtame que el moro,
Libre ya del incómodo ermitaño,
Hácia la dama triste y afligida
Llegándose con faz casi serena,
En dulce y tierna voz (cual es usanza
Del que de amor se siente en la cadena)
Su bien la llama, llámala su vida,
Su consuelo, su norte y su esperanza,
Y tan sumiso muéstrase, que (cosa
Extraña en él) no osa
La violencia emplear. Su orgullo cede
Ante la hermosa y púdica doncella;
Y el que todas las leyes atropella

Quando gozalla impunemente puede,
No la quiere gozar sin merecella.

Así, esperando que á su amor se riada,
De los placeres con la imágen brinda
Rodomonte á Isabel, que en una hoguera
Verse mas bien quisiera
Que en esta soledad. Su riesgo grave
A la infeliz ofusea;
Por conjurarlo cómo hacer no sabe,
Y un medio en lo hondo de su mente busca
Primero que ceder al africano,
Piensa con propia mano darse muerte;
Pues que jamas con proceder villano
Manchará la memoria del amante
Que despiadada le robó la suerte,
Y al cual hizo con ánimo devoto
De eterna castidad solemne voto.

De la pasion del moro á cada instante
Viendo, empero, la virgen el progreso,
Su deplorable exceso
Empieza á recelar. Inquieta en tanto
De sustraerse al riesgo que la oprime,
Halla un medio sublime
De que á ocuparme voy en este canto.

Cansado de rogar, y siempre en vano,
Olvidando el de Argel su cortesía,
Con gesto audaz, con temeraria mano,
Hácia la bella dama se venia.
Rechazándole aquesta,
« Señor, » le dice, « si mi honor intacto
« Conservas hoy, por inviolable pacto
« Me obligo á hacerte al punto manifiesta
« Cosa muy preferible, segun creo,
« A ver cumplido impúdico deseo.
« Por un placer que breve instante dura
« Y que do quier satisfacerse puede,
« No desdeñes la insólita ventura,
« El alto bien que el cielo hoy te concede.

« De libre corazon y de faz bella
 « Cien damas hallarás; mas la fortuna
 « Que á darte voy no te dará ninguna.
 « Cerca de estos parajes una yerba
 « A poco ví, la cual, como con ruda
 « Y hiedra á un fuego hierva
 « De leña de cipres, si es en seguida
 « Por virginales manos exprimida,
 « Un jugo suelta de virtud extraña
 « Que al que su cuerpo en él tres veces baña
 « De modo lo endurece,
 « Que del hierro y del fuego lo guarece.
 « Invulnerable pues, cual voy narrando,
 « Es todo el que con él se unta tres veces;
 « Mas, su eficacia un solo mes durando,
 « De nuevo cada mes fuerza es que empieces.
 « Hacer yo esta agua sé, y hacer hoy quiero
 « Yo misma ante tus ojos la experiencia,
 « Mas grata para tí, segun infiero,
 « Que rendir toda Europa á tu obediencia.
 « De este favor en pago, solo pido
 « Que me ofrezcas, á fe de caballero,
 « No volver con palabras ni con gestos
 « A revelar tus planes deshonestos. »
 Así diciendo, al rey la vírgen hace
 Que de su amor los ímpetus olvide.
 En mostarse sumiso se complace,
 Y ofrece sin dudar cuanto ella pide;
 Mas, pérfido, su objeto
 Es refrenar su ardor hasta el instante
 De arrancar á la vírgen su secreto,
 Y olvidar sus promesas en seguida;
 Que, sin temor de Dios ni de los santos,
 Es este atroz numida
 El mas falaz de cuantos
 Nacieron en la Libia fementida.
 Protestas pues á miles
 Hace á Isabel, porque se ponga en breve

El agua á destilar que hacerle debe
 Cual Cigno invulnerable ó cual Aquiles.
 Por hondos valles y áspero terreno,
 Léjos de las ciudades y las gentes,
 Ella recoge plantas diferentes.
 Acompañala siempre el agareno,
 Y así que en abundancia
 De ellas provisto hubiéronse, á su estancia
 Se tornaron; la púdica doncella
 Toda la noche pasa, inquieta y triste,
 En cocer estas plantas;
 Trabajo, al cual el rey al lado della,
 Sin separarse un solo instante, asiste.
 Así gran parte de la noche pasa,
 Que en el vino y el juego
 Se terminó; mas el ardor del fuego,
 Reconcentrado en tan angosta casa,
 De modo al moro y á su gente abrasa
 Que dos barriles bébense de griego,
 Por ellos mismos sin piedad robado,
 Uno ó dos dias ántes,
 A algunos infelices caminantes.
 Al vino el rey de Argel no acostumbrado,
 Pues su ley se lo veda, no bien gusta
 El licor mas que el néctar exquisito,
 Del sarraceno rito
 Mófase y taza sobre taza debe.
 De mano en mano el vino dando vueltas,
 Las cabezas en breve
 Trastornadas se hallaron y revueltas.
 La copa, en esto, do la yerbe cuece
 La bella dama del hogar retira,
 Y dice á Rodomonte: « Me parece,
 « A fin de hacerte ver que no es mentira
 « Cuanto te acabo de decir, que es justo
 « Que de aqueese licor de alta excelencia
 « Hagas sobre mi busto
 « Tú, con tu propia mano, la experiencia.

« Con él pues el cabello
 « Bañándome, y espalda, y seno y cuello,
 « Verás (¡portento que jamas has visto!)
 « Cual de tu espada al ímpetu resisto. »

Bañase pues, cual dícelo, y ufana
 El cuello tiende al bárbaro agareno,
 Que, de este ardid ajeno,
 Y ebrio acaso tambien, mano inhumana
 Alza armada del hierro, que en un punto
 La cabeza hermosísima separa
 Del cuerpo honesto, de beldad conjunto.
 Tres veces este sacudióse, y tierna
 Su voz el nombre pronunció adorado
 Del príncipe escoces, á cuyo lado
 Fuése á gozar felicidad eterna.

Vé, vé, vé en paz, alma sublime y pura
 Que, á tu sexo sirviendo de contraste,
 Tú vida á la virtud sacrificaste.
 Vé en paz, y ¡ah! si mi verso
 Tu claro nombre realzar pudiera,
 En cantarlo por todo el universo
 Pasara ufano mi existencia entera;
 En paz vé, pues, hácia el excelso templo,
 Dejando al orbe tan glorioso ejemplo.

De aquesta heroica y rara estratagemata
 Estupefacta la Bondad suprema,
 Vuelve la vista al suelo,
 Y dice: « Accion tan bella
 « Mas grata es para mí que la de aquella
 « Cuya muerte á Tarquino
 « Del solio derrocó, de que era indino;
 « Y hacer en favor della
 « Quiero una ley que juro
 « Respetada ha de ser en lo futuro.

« Modelo de beldad, de cortesía,
 « De gracia y de virtud, desde este día
 « Será (tal es mi voluntad suprema)
 « Toda mujer que como tú se llame,

« Y quiero que desde hoy en verso y prosa
 « Todo escritor proclame
 « Tu gloria, y que de Oriente hasta el Ocaso
 « Resuene, y en el Pindo y el Parnaso. »

Dice el Señor; del mar en el instante
 Cesa la furia, el aire se serena,
 Y al tercer cielo, en brazos de su amante,
 Se alza la virgen de virtudes llena.
 De oprobio y de vergüenza
 Cubierto queda el bárbaro argelino.

Disipado del vino
 Poco á poco el vapor, duélese, gime
 Y á arrepentirse de su error comienza;
 Piensa que, pues de un alma tan sublime
 A la tierra ha privado, á su memoria
 Debe erigir alto padron de gloria,
 Y á este efecto medita
 (Ya diré de qué suerte)

En un sepulcro convertir la ermita
 Que de la virgen presenció la muerte.

De bueno ó de mal grado,
 Seis mil trabajadores
 Condujo allí de aquellos rededores.
 De los vecinos montes arrancado
 Haz enorme de peñas, se vió presto
 En sólida pirámide dispuesto,
 Y de noventa brazas elevada
 Esta mole fué dentro
 La iglesia, en cuyo centro
 Con Zerbino Isabel fué colocada.

Cabe este alto edificio, semejante
 A la soberbia mole que Adriano
 Alzó del Tiber junto al fértil llano,
 Construye el rey de Argel torre gigante,
 Do habitar se propone. Un largo puente
 De ella fabrica al pié; mas tan estrecho,
 Que deja escasamente
 Para pasar á dos caballos trecho.

Sin parapeto de uno ni otro lado,
Atravesar por él es arriesgado,
Y mas siendo del árabe el deseo
Hacer sudar la frente
A todo el que por él pasar intente,
Y trofeo añadir sobre trofeo
De Isabel y Zerbino al mausoleo.

En diez dias, ó ménos, concluido
Su puente el moro vido;
Mas no el sepulcro ni la vasta torre
Que elevó, sin embargo,
Asaz para poder de noche y dia
Tener un centinela, con encargo
De que en el acto con la trompa avise
Como á algun paladin llegar divise.

La señal escuchando, diligente
Se armaba el argelino, y sobre el puente
Del guerrero avanzábase al encuentro.
En tan estrecho campo de batalla
El jinete su brio,
Su pié el corcel no pierda, que del rio
Irán pronto los dos al hondo centro.

Imaginado el bárbaro se habia
Que, á este riesgo exponiéndose con tino,
La mancha lavaria
Que cometió obcecado por el vino.
Mas ¡ah! no borra el agua el daño ó mengua
Que hizo el vino con manos ó con lengua.

En pocos dias muchos paladines
Presentáronse, fuese que esta via
Directa conducia
De la Italia y de España á los confines,
Fuese que, ambicionando alta victoria,
Allí viniesen á buscar la palma.
Todos, todos, empero armas y gloria
Perdieron, y hubo quien perdió hasta el alma.

Entre la inmensa copia
De los que el rey derrota cada dia,

Los hay de toda fe. Si son paganos,
Libres partir los deja, mas se apropia
Sus armas y despojos; si cristianos,
En dura y negra cárcel los encierra,
De do los manda á la africana tierra.

Por este tiempo, cuando
Estaba apénas terminado el puente,
Todo, ménos la frente,
Desnudo, llega el insensato Orlando.
Del furor escuchando los consejos,
La valla salta y por el puente corre.

A pié junto á la torre
Está el de Argel, que, viéndole de léjos,
Grita con ira y con desden: « Detente,
« Detente, necio; ¿acaso

« Ignoras que ese puente
« Tan solo dar á caballeros paso
« Debe, y no á un vil, á un rústico insolente? »

Por su demencia trastornado, sigue
Su rumbo el conde sin hacerle caso:
« Fuerza es, » dice el de Argel, « que lo castigue. »
Y, lleno de coraje, se adelanta,
Presto á precipitarle dentro la onda,
No pensando encontrar quien le responda.

Pasar queriendo, por allí la planta
Dirige en esto una gentil doncella
De faz airosa y bella
Con elegancia y con primor ornada.
Esta es, señor, si os acordais, aquella
Que, en pos de su querido Brandimarte,
Toda la Francia con incierta huella
Busca, excepto Paris, única parte
Do lo pudiera hallar. No bien se acerca
Al puente Flordelis (que así se llama
La descarriada dama)

Al moro ve que, lleno de ira y brio,
Lanzar á su rival piensa en el rio,
Y en seguida, al mirar desnudo á Orlando,

De su extraña locura
Deplora triste el resultado infando.

Llena pues de sorpresa y de amargura,
Se detiene á juzgar hasta do llega
La fuerza de dos bravos combatientes,
A quienes furia igual anima y ciega.
Cada cual de ellos fuerzas sorprendentes,
Por derribar á su rival, despliega.

« ¿Cómo es posible, » dicese entre dientes
Rodomonte, « que un loco
« Así se pueda defender? » y, de ira
Y de soberbia hecho su seno un foco,
Del bravo conde la firmeza admira.

Ora con ambas manos va buscando
Un sitio do á su gusto asirlo pueda,
Ora sus pies enreda
Con los pies del de Anglante. Así, girando
En torno dél, remeda

Al oso que arrancar intenta el pino
De donde al suelo por torpeza vino.
Roldan, que en medio á su demencia extraña
Guardó la fuerza, si perdió la maña,
Ase al fiero pagano, y desde el puente
Con él se precipita en la corriente.

Ambos al fondo van. Bien pronto, empero,
Las ondas los separan. El de Anglante,
Desnudo, nada como un pez. Lijero
Viene á la orilla, de la cual en breve
Se aleja, sin pensar en este instante
Que pueda haber quien tal accion repruebe.

Tan fácilmente á cabo de esta empresa
No viene el moro, á quien su cota pesa.
La feliz coyuntura

Aprovechando Flordelis, el puente
A pasar se apresura,
Y al padron va do entre despojo tanto
Del caro amante busca la armadura.
Mas, no viendo sus armas ni su manto,



Lucha entre Orlando y Rodomonte. (T. II, p. 130.)

De allí se aparta largo trecho, en tanto
Que loco Orlando corre,
Tras sí dejando río, puente y torre.

Mayor locura aun que las de Orlando
Fuera el querer narrarlas una á una.

En silencio pasando
Por tanto las demas, tan solo alguna
Narraré á mi propósito oportuna;
Y á empezar voy por una portentosa
Que consumó no léjos de Tolosa.

A la cima de un monte
Que separa la Francia de la España
Por senda ignota, extraña,
Llegando, angosta via
Toma que, por Poniente, de horizonte
A un valle profundísimo servia.

Dos mozos allí ve que de un jumento,
De fagina cargado, al paso lento
Por la senda caminan:
No bien á Orlando advierten, adivinan
Que su cabeza el juicio ha abandonado,
Y en alta voz le gritan
Que atras se vuelva, ó que se ponga á un lado.
Sin responder el conde, alza furioso
El pié, que al asno en el pretal alcanza,
Y á lo alto de una roca,
Que á una milla del valle está, lo lanza;

Veloz luego se avanza,
Y airado á los dos rústicos provoca.
Con mas suerte que juicio,
Uno de ellos se arroja á un precipicio
Sesenta brazas hondo;
Mas, por ventura, al paso detenido
Por protector jaral, no llega al fondo,
Y, bien que algo arañado y contundido,
De su riesgo esta vez libre se vido.

Ménos feliz el otro, de una encina
Que de un peñasco nace, el tronco agarra,

Así pensando conjurar su ruina ;
 Mas el héroe le sigue y lo desgarrá,
 Ambas sus piernas separando , como
 Desgarra cazador pollo ó palomo ,
 Cuando con sus entrañas dar medita
 Nuevo ardor al milano

Que de su arte en la práctica ejercita.

Suerte fué , y no pequeña , que el villano,
 Que el primero escapó , quedara vivo ;
 Él fué quien á Turpin narró la hazaña
 Que yo hoy aquí , bajo su fe , transcribo.

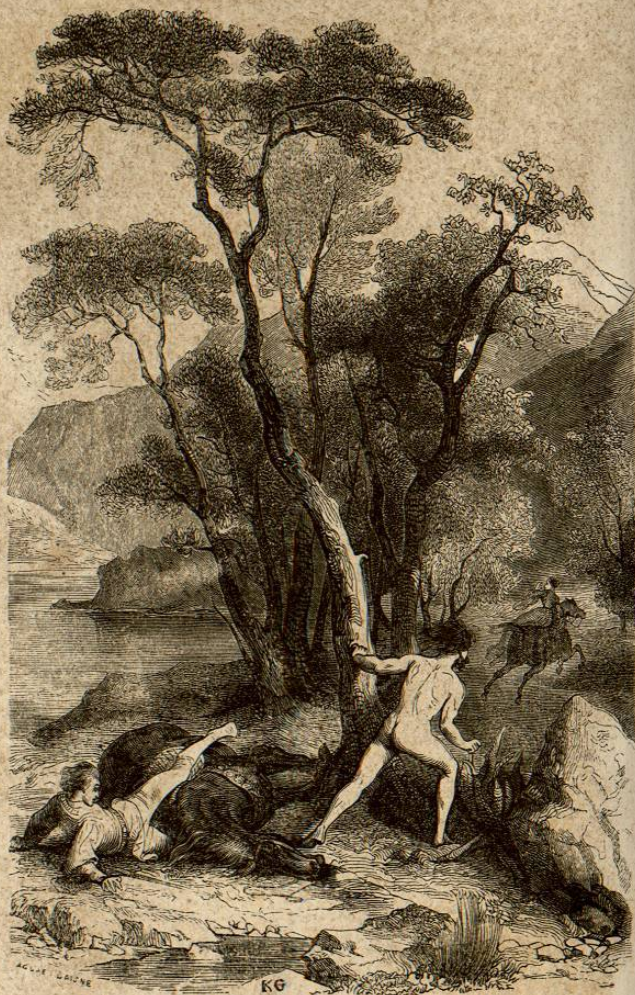
Esta y otras proezas estupendas
 Hizo Orlando al pasar por la montaña.
 Y , siguiendo despues distintas sendas ,
 Llega por fin al término de España.

La mar despues costea
 Que á Tarragona baña ,
 Y en su arena un asilo hallar desea
 Donde del sol de mayo
 Pueda esquivar el caluroso rayo.

En esto , por acaso ,
 Con Angélica allí Medoro viene ,
 Que , cual dije , bajando del Pirene
 Van dirigiendo á Barcelona el paso.
 Sin verlo llega Angélica. A una vara
 Del conde se halla cuando en él repara ;
 Vele , mas tan mudado

Que no lo reconoce. Al sol , al viento
 Desnudo siempre , negro está , tostado
 Mas que si el sér hubiera recibido
 Del Nilo en el ardiente nacimiento ,
 Ó de Siena en la arena abrasadora ,
 Ó donde á Amon el Garamante adora.
 En su faz seca , escualida y huesuda
 Sus ojos yacen casi sepultados ;
 Su barba y sus cabellos erizados
 Deja ver , y su piel sucia y velluda.

La dama de color viéndolo muda .



Orlando corriendo en pos de Angélica. (T. II, p. 133.)

Vuelve su alfana , cuyo flanco pica ,
Y á su esposo suplica
Que no la deje y que le dé su ayuda.

El conde Orlando , que tendido yace
En tierra , álzase al vella ,
Y á apoderarse della
Va : tanto su beldad le ofusca y place.
A la vista de Angélica renace
En su pecho frenético apetito ;
Mas , no reconociendo á la princesa ,
Cual galgo tras su presa
Corre tras ella ansioso y expedito.

Medoro , que acosada
A su dama ve así , le sigue , quiere
Con su caballo derribarlo , y hiere
Por detras al furioso con su espada.
Al primer golpe á tierra la cabeza
Piensa arrojar del conde ; mas ignora
Que maga encantadora
Le dió al nacer del hierro la dureza.

En vano hiere pues ; solo consigue
Hacer que Orlando con furor se tuerza ,
Y que , cerrado el puño ,
Un golpe á su corcel dé con tal fuerza
Que en trozos la cabeza le divida ,
Cual si de vidrio fuera , y que sin vida
Lo haga venir á tierra ; sin momento
Perder , tórñase el príncipe en seguida
De la dama á poner en seguimiento.

Con la vara y la espuela
Esta á su alfana aguija sin reposo ,
Que , bien que rauda cual el viento vuela ,
No corre cual Angélica lo anhela.
Del anillo precioso ,
Que lleva al dedo y que favor le ofrece ,
Acuérdase entretanto , y en la boca
Poniéndoselo al punto , desaparece
Cual una luz si el vendabal la toca.

Fuese el temor, ó el brusco movimiento
Que al meterse la mano en el bolsillo
Hizo tal vez, ó bien que, en el momento
De ponerse en los labios el anillo,
Viniese á tropezar su alfana, el hecho
Es que, súbito alzando pies y faldas,
A tierra del arzon cayó de espaldas.
Cayó; y estuvo en poco
Que la vida perdiera
Despedazada entre los pies del loco.

Perdida para Angélica entretanto
Sigue la alfana su veloz carrera;
A nadie, empero, parecer extraño
Debe que al punto otro caballo adquiera
Del Catay la heredera,
Tan avezada al hurto y al engaño.

Del furor que le anima
Víctima ciega, el infeliz Orlando
Va por la ardiente arena caminando.
Cada paso á la alfana le aproxima;
Alcánzala por fin; por la melena
Ásela, y con la brida la refrena.
De su presa contento, salta encima,
Y, sin quitarle el freno ni la silla,
Sin darle pasto ni otorgarle treguas,
La hace correr durante muchas leguas.

Saltar queriendo un foso,
Con la misera yegua en él se arroja.
Él sin daño levántase animoso;
Contundida ella y coja,
Inmóvil yace. No sabiendo como
De allí sacarla el príncipe, gallardo
Echándosela al lomo,
A tres tiros de dardo
Condúcela de allí. Mas, de este peso
Sintiendo en breve el portentoso exceso,
Pónela en tierra, y: «Sígueme,» le dice:
Mas díceselo en vano;

Rendida, medio muerta, la infelice
No puede mas. En su furor insano,
Roldan, de quien no creo
Que, galopando, á contentar llegara
La pobre yegua el férvido deseo,
La cabezada quitale; con ella,
En torno al pié derecho,
Échale nudo estrecho,
Y arrástrala tras sí. Sangrienta huella
Deja en su marcha; por do quier que gira.
Deja en las rocas, sin piedad ni tregua,
La piel y los despojos de la yegua,
Que, harta de padecer, al fin espira.

Orlando ni la mira,
Y tras sí, bien que muerta,
Conduciéndola, sigue hácia Poniente,
Donde, sin respetar muro ni puerta,
Roba, ataca, destroza, hiere y mata,
Cuando la sed le acosa ó hambre siente.
En su furia insensata,
A Angélica, si hallárala, no dudo
Que este destino crudo
Sufrir hiciera, pues es tal su estado
Que, hacer tal vez creyendo
El bien, solo hace mal, y mal horrendo.

¡Oh anillo malhadado!
Maldito aquel que á Angélica lo diera,
Pues, á no ser por él, venganza Orlando
Para sí y para todos obtuviera!

Y no de ella tan solo;
Mas al cielo pluguiese que pudiera
Vengarse en todo el sexo femenino,
Que ingrato siempre, al artificio, al dolo
Encomienda su suerte y su destino.
Mas, á mi lira opino
Que aquí dejar conviene treguas, ántes
Que dé, cansada, sonos discordantes.